



Pintura: Laura Saldivia.

Esa mañana del 4 de agosto estaba decidida a pintar a la hipnótica Araucaria, conífera de la familia Araucariaceae, que sólo crece en el hemisferio sur. Nunca antes había pintado naturaleza, en eso consistía el desafío. Iba a ser un cuadro donde el verde se iba a destacar en su contraste con el cielo celeste, sólo esos dos colores acariciándose y celándose protagonismo. Desplegué en la mesa pinceles, pinturas, trementina, paleta y espátulas, y coloqué el blanco bastidor en el atril, cuando recibo el email de Owen Fiss anunciando la muerte de Bo. De ahí en más los grises se apoderaron de mi corazón y la tristeza se posó en la conífera que, esa mañana, se fue pintando sola.

Robert Burt, *in memoriam*

Martín F. Böhmer

Me piden una rápida nota sobre Robert Burt. Lo primero que se me ocurre para contar a otros es que en mi vida, y creo también en la vida de algunos de mis colegas latinoamericanos, Bo fue como un bajo continuo, un acompañamiento permanente sin estridencias. Fue una presencia con la que uno podía contar siempre pero que, para escucharla, había que hacer un esfuerzo de atención, separar tiempo, ponerse a tono. Y escucharla, separada de la melodía, traía descubrimientos maravillosos e insospechados.

Bo fue también un crescendo en mi vida. Mi conversación con él maduró a medida que yo lo hacía. Bo no tenía palabras amables para el intercambio banal. Sus temas eran densos y la demanda a su interlocutor era consistente con esa densidad. Con él, cuando se hablaban de cosas serias, se hablaba seriamente, y tal vez también el tono de gravitas, ahora que lo pienso, seguía allí cuando uno proponía hablar de cosas que podían pasar como frivolidades.

En esos términos su generosidad e incluso su amabilidad resultaban inmensas. Eran la recompensa por la construcción de una amistad basada en la paciencia, en el respeto, en el placer por el descubrimiento conjunto de una idea o de una nueva forma de leer un texto.

Bo creía en la necesidad de asumir que el conflicto es irresoluble; por eso, su atención y su fascinación con los procesos en los cuales mostramos nuestra terquedad en permanecer en la mesa, aun después de ser ofendidos, aun después de que nos echaran, o su admiración por quienes están dispuestos a resistir las peores desdichas y a pesar de eso seguir demandando respuestas, seguir preguntando.

A Bo no le bastaba que reconozcan nuestros derechos, que nos dejen en paz, él demandaba respeto, dignidad y reconocimiento. El horror era para él el silencio, tanto el silencio que los opresores imponen sobre los oprimidos, como el que se reclama cuando se propone la mera tolerancia entre seres despojados de todo lazo social.

En la cuestión de la eutanasia se rebeló contra la salida fácil del reconocimiento de la autonomía del paciente, en la de la autoridad de la Corte prefirió los procesos de acomodamiento sobre la imposición de verdades con el solo fiat judicial, y en su lectura de la Biblia mostró de qué forma aún para un ser todopoderoso (pero que pretende ser amado) la concepción de la autoridad basada en las órdenes y el control resulta insuficiente y auto frustrante.

Tal vez así se entienda la relevancia de la obra de Bo Burt para nosotros en América Latina. Él fue uno de los pocos autores del norte con la sensibilidad suficiente como para trabajar con las más básicas tragedias que amenazan la creación de un estado de derecho.

Supongo que, como pasa en estos casos, uno sólo espera haber podido estar a la altura de su amistad. Supongo que también va a permanecer conmigo la tristeza de haber perdido para siempre todo lo que me faltó conversar con él.